

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

ABDERRAMAN EL MAGNÁNIMO.

Fué un tiempo, amables lectores, en que España, reino hermoso cuya tierra es tan fértil, y cuyo sol es tan puro: fué un tiempo en que este país, hoy el principal estado religioso del mundo cristiano, se hallaba sometido á los califas musulmanes, quienes reinaban en Córdoba, ciudad brillante, rica y alegre entonces, y ahora poblacion triste y pobre.

Córdoba en tiempo de los moros no contaba menos de doscientas mil familias y novecientos baños públicos: en nuestros días no tiene cuarenta mil habitantes, y una fonda sola puede albergar los viajeros que van á buscar inútilmente las huellas ya borradas de su antiguo esplendor.

También en tiempo de los moros descollaba entre las poblaciones industriales y comerciales la ciudad de Córdoba, atestada de telares de seda, de talleres de dorados y molduras, de platerías y de vastos almacenes de riquísimas telas. Todo ha desaparecido, quedando únicamente algunas mezquitas, tiendas y dos ó tres

sombrererías que mantienen á un centenar de personas.

Abderraman III fué un rey digno de eterna memoria, por su valor, su amor á las letras y el lujo con que revestía su poder. Si os hablásemos, queridos niños, de la ciudad de Zahara, que edificó á dos millas de Córdoba, creeríamos leer uno de esos cuentos tan ricos de esmeraldas y diamantes, que deben haberos contado vuestras madres, amas ó niñeras. Sin embargo, esto no es cuento, y había en su palacio de Zahara doce mil columnas del mármol mas precioso; su plataforma y azotea parecia un bosque de naranjos; mil pájaros de oro con los ojos de piedras preciosas, formaban mil saltadores de agua, que se cruzaban en el ancho estanque de alabastro que había en el salón donde estaba el trono. Cien lámparas de cristal, proyectando la

luz sobre sus innumerables tubos, convertían el techo de su pabellon favorito en un cielo estrellado de diamantes, cuyos fuegos reunidos presentaban el brillo del sol. Zahara no existe, los mármoles de sus columnas, el oro y el cedro de los techos de las casas, el alabastro de sus fuentes públicas, todo se ha roto, todo está reducido á cenizas, y se halla mezclado con el polvo de los caminos.

Abderraman, llamado el Magnánimo porque perdonó á todos sus enemigos, murió cuando iba á cumplir setenta y dos años, pudiéndose llamar con justicia su reinado el medio siglo venturoso, porque fué muy fecundo en gloriosas empresas. Abierto el testamento del difunto monarca, contenía estas palabras escritas de su mismo puño y letra algunos momentos antes de exhalar su último suspiro.

«Cincuenta años han corrido desde que soy califa, y he gozado de todo, riquezas, honores y placeres: los reyes, mis rivales, me admiran, me temen y me tienen envidia, y el cielo me ha prodigado cuanto el hombre desea. En tan

blicaron científicas disertaciones por unos y otros contendientes. Unos buscaban la felicidad en la gloria militar, y encontraban un gran número de días felices; otros la hacían consistir en la afición al lujo, y también pasaban del número designado por Abderraman. Estos creían que la felicidad no era otra cosa que el reposo, y no podían hallar ocho días de reposo completo en el curso de aquella existencia tan ocupada con los asuntos de gobierno: aquellos pretendían que únicamente la salud hace feliz al hombre, y solo veían tres días de enfermedad en los setenta y dos años de Abderraman. Como el que lograra descubrir los ocho días de felicidad debía recibir muchas riquezas y alcanzar alta gloria, todos hicieron las pesquisas mas minuciosas, las cuales duraron diez años, durante cuyo largo período, la biblioteca ya numerosa de los califas se enriqueció con muchos millares de manuscritos españoles, árabes, y aun de legislación; pero su desacuerdo acerca del objeto importante de la reunion de los sabios, dejaba indecisa la cuestion principal.



Vista de Córdoba.

largo espacio de una dicha aparente, he ido contando los días en que me creía feliz, y asciende su número á ocho. ¡Mortales, apreciad la grandeza, el mundo y la vida!

Alhakem, hijo y sucesor de Abderraman, que quería continuar el reinado glorioso de su padre, ser tan grande como él y también tan dichoso, interrogó á todos los sabios que estaban encargados de escribir la historia de las hazañas de Abderraman: reunió á todos los secretarios íntimos, cuya tarea consistía en recoger los pensamientos del monarca difunto, y cuando sus inmensos trabajos estuvieron concluidos, Alhakem llamó á su corte á todos los sabios y filósofos de su imperio, y les rogó estrajesen ocho días felices de los cincuenta años de mando. Hubo grandes debates y disputas violentas sobre esta cuestion importante, y se pu-

Los menos ambiciosos en esto de felicidad humana, pretendían que los días felices del califa habían sido mas de los que aseguraba, y miraban su última revelacion como una blasfemia contra la providencia que le había colmado de bienes. Otros, tal vez mejores filósofos y mas verdaderos, no encontraban en la vida del gran rey tantos días felices, ni que mereciesen semejante título. La discusion no llevaba trazas de acabarse, cuando Alhakem, cansado de tantas vigiliass, despidió la ilustrada asamblea.

Con el fin de encontrar por si mismo la felicidad, cuyo ejemplo no habían podido presentarle tantos hombres eruditos, Alhakem se dedicó á organizar mas y mas el orden judicial, y siguiendo la costumbre de algunos príncipes del Oriente, descendía algunas veces hasta lo interior de las familias necesitadas, teniendo buen

cuidado de ocultar su rango con trages groseros, y no confiando mas que á un oficial de su palacio el secreto de sus correrías misteriosas por la ciudad.

Una tarde que Alhakem, acompañado de su confidente Habou-Hanife, se paseaba disfrazado por las orillas del Guadalquivir, el barquero que remaba en la popa de la lancha, sin cuidarse del personaje que conducía sobre las tranquilas aguas del río, empezó á cantar, entonando con robusta voz, un romance morisco, muy en voga entre los barqueros. Habou-Hanife, indignado de oír á aquel miserable que faltara al respeto que se debía al califa, interrumpió el canto con un gesto amenazador; pero Alhakem, á quien había gustado la hermosa voz del barquero, contuvo la ira de su compañero de incógnito, rogando al barquero que continuara el romance sin hacer caso de las amenazas del otro.

—Puesto que vuestra grandeza, dijo Manson, (asi se llamaba el barquero), se distrae con mis cantares, entonaré uno que hubiera podido valerme tanto oro como cabe en mi lancha, y aun para comprar un palacio tan grande como el del visir, si el respeto y el estado de mis vestidos no me hubiesen impedido hacer oír mi voz en medio de una ilustre asamblea.

—¿Qué asamblea es esa? le preguntó Alhakem, admirado de que un pobre barquero supiese canciones que podían valer tanto.

—¿Qué asamblea? dijo Mansou; ¿cuál ha de ser sino la de esos sabios que tan mal han ganado el dinero de nuestro divino califa, el poderoso Alhakem, que Dios guarde?

Esta réplica interesaba no poco al sucesor de Abderraman, y renovó sus preguntas, diciéndole: —Tendría curiosidad de saber lo que hubieras dicho en la junta de filósofos.

—¡Oh! ninguna, ninguna de esas poderosas palabras que han acabado por formar en el espacio de diez años, libros bastantes para cargar con ellos á cien camellos. Yo hubiera hablado mal, porque no soy doctor; pero estoy seguro al menos que hubiera cantado bien la canción de Adjaid, mi padre, canción la mas á propósito para ponerlos de acuerdo.

—¡Y bien! veamos la canción del poeta Adjaid, dijo Alhakem, y si es verdad que vale mas que todos los tesoros con que los sabios de España y de Arabia han enriquecido en diez años la biblioteca del califa, te empeño mi palabra de que tendrás oro con que llenar tu lancha, y aun comprar el palacio del visir.

Mansou se quedó estupefacto al oír hablar de este modo al pasajero; mas como era hombre de buen sentido, conoció que sus promesas no estaban muy de acuerdo con la pobreza de los vestidos del que acababa de hablarle, y así le dijo: —¡Gloria á Mahoma! piedad á los locos y respeto á los pobres, señor mío. Me creéis loco, y queréis burlaros de mí; pero yo, que os juzgo mas capaz de pedirme gratis que os lleve en mi barca, que de recompensar con tesoros mi buena voluntad, voy á probaros que Mansou el barquero no se enfada por una broma: aun mas, como el día no ha sido malo, y nuestro paseo no me aleja de mi camino, os llevaré hasta Zahara sin exigir el precio de mi trabajo, si consentís en escuchar hasta el fin la canción de mi padre; me contento con que tengais paciencia.

—¿Es muy larga tu canción? preguntó Habou-Hanife.

—Duerme con ella, contestó Mansou, á mis cuatro hijos, uno despues de otro, y solo he cantado la mitad del romance de Adjaid.

—Y cuando has dormido á tus cuatro hijos, ¿cuántas estrofas te quedan?

—Cuatro, señor pasajero; todas son ocho, porque con siete no estaría completa la historia.

—¿Ocho estrofas? replicó Alhakem, ¿y por qué son ocho?

—Porque el gran califa Abderraman contó ocho días felices cuando fué á visitar á mi padre Adjaid por última vez.

Alhakem, profundamente conmovido, dijo al barquero que cantase, y Habou-Hanife, que hasta entonces había mirado á Mansou con aire de insultante desprecio, le miró con cariño. Mansou meditó un rato, y despues cantó lo que sigue, golpeando las aguas del río con los remos, que marcaban el compás, arreglándose á los sonidos de su vez.

CANCION DE ADJAIID.

El que manda á los reyes de la tierra, se presentó un día en la morada del pobre.

No iba entonces como un tiránico gefe, sino como un hermano que busca á sus hermanos, como un amigo que vuelve al seno de sus amigos.

El monarca dijo al barquero:

Presta atento oído á mi voz, y revela al pueblo los secretos de una felicidad que en mi corte no podrían comprender.

Adjaid se prosternó ante el califa; el gran califa le levantó, tendiéndole la mano, y Adjaid cantó de esta manera:

I.

«¡No, la felicidad no consiste en la victoria!»

Era un día en que Zamora, rebelde para con su rey, acaba de sufrir el castigo que por sus crímenes merecía: la sangre inundaba las calles, el incendio de las casas alumbraba la horrible carnicería, los caballos fijaban sus duros cascos sobre los magullados cadáveres, y aquellos á quienes no había alcanzado el fuego, eran aplastados por las abrasadas vigas que se desprendían del techo de los edificios.

Zamora, coronada la cabeza de llamas y con los pies bañados en sangre, gritaba en su agonia: ¡perdon! ¡perdon! pero esta palabra que resonaba por todas partes, era acogida con gritos de venganza por los vencedores.

¿Qué hacía Abderraman el gran califa, cuando sus soldados, ébrios con la victoria, recorrían las calles de Zamora al galopé precipitado de sus impetuosos corceles?

Abderraman había envernado su cimitarra, y ocultando bajo su capa de púrpura un niño pequeño, lo depositó en un lugar seguro, y despues se encaminó con lento paso hacia la campiña, buscando á una pobre madre, á quien debía hallar entre los fugitivos, porque no había visto ninguna muger moribunda junto al abandonado niño.

Caminó el califa mucho tiempo, y al llegar cerca de una casa de campo, vió una muger en uno de los balcones, llena del mas profundo dolor, que dirigía sus desconsoladas miradas al punto de donde él venía. ¿Sabeis, le dijo el califa, quién podría encargarse de la crianza de un niño abandonado? —¡Un niño! exclamó la muger, disponiéndose á bajar al encuentro del emperador. En tanto este volvió al lugar donde había dejado el niño, y lo tomó en sus brazos volviendo á la casa de campo. Al llegar, separó el niño los pliegues de la capa ó bournou que le cubría, tendiendo sus manitas á una muger que acababa de caer desmayada á la puerta de la casa.

¿No es este el hijo que buscas? dijo Abderraman, presentando á la fugitiva el niño que hacía esfuerzos para librarse del califa.

La muger no respondió; pero abrazó al pobre niño con tales extremos, que el califa conoció era su madre.

El vencedor de Zamora le entregó su hijo sin decirle soy Abderraman, gran califa, porque no quería que su nombre turbase la alegría de la pobre madre. Abderraman permaneció á su lado todo el día, saboreando el placer que le había proporcionado su acción, y hasta la mañana siguiente no volvió á la ciudad sometida.

—Aquí la primera estrofa, dijo Mansou á sus oyentes, que envueltos en sus largas capas de lana blanca, parecían mas bien aletargados que pensativos. Si vuestras grandeas, continuó el barquero, quieren que no siga, lo sentiré por la memoria del poeta Adjaid, mi padre, mas obedeceré.

Alhakem arrojó al cantor ocho monedas de oro, y Habou-Hanife le dijo:

—Continuad.

Mientras Mansou, sorprendido de la generosidad del pasajero, se reponía de su emoción, Alhakem escribía en sus tabletas de marfil: ofrecer el perdón á los insurrectos de la sierra de Almazan, y fundar un asilo para los niños estraviados.

El barquero prosiguió:

II.

«No, la felicidad no consiste en la abundancia de bienes.»

Era un día en que el califa y su corte, armados de caza, recorrían al son de los cuernos y el ruido que levantaban los caballos, las fértiles campiñas de Córdoba. De pronto se cubrió el cielo de nubes, y la oscuridad mas densa reemplaza á la brillante luz del día, como si un estenso velo hubiese entoldado el cielo, poco tiempo antes diáfano y luminoso.

Los relámpagos, cruzando sus vivísimos fuegos, iluminaban á ratos los tenebrosos caminos, el agua caía á torrentes, y asustados los caballos con los repentinos truenos, conducían sus ginetes á sitios donde solo se habían albergado hasta entonces los indefensos pajarillos.

¿Qué hacía Abderraman, el gran califa, en tanto que su comitiva, dispersa y errante, procuraba inútilmente volver á su lado, y su corcel había venido á tierra, herida la cabeza con el tronco de un árbol seclpar, y desgarrados los lomos con agudos espinos?

Caminaba en compañía de un pobre labrador, y se había preservado de la lluvia, gracias á la mitad de la capa de su compañero de camino.

—El califa es feliz, decía el labrador, porque tiene tiendas de terciopelo, de cedro y de maderas doradas, al paso que nosotros solo tenemos para cubrirnos esta pieza de lana que ahora nos tapa á los dos; pero la capa del pobre es grande cuando se puede abrigar con ella al prójimo.

—Si, repuso Abderraman, como es grande la mesa del pobre cuando hace que un amigo se siente á ella.

—Sedlo mío hoy, dijo el labrador, y cenaremos juntos.

Abderraman siguió al labrador á su cortijo, en el cual había tres doncellas que servían á su padre con cariño, y acogieron al forastero con gusto.

—El califa es feliz, dijo el labrador, porque tiene mil esclavos que le sirvan á la mesa.

—Si el califa es dichoso, repuso Abderraman, es porque ve que la hospitalidad es apreciada en sus estados, y sobre todo es dichoso al ver el cuadro del amor filial. Los esclavos le sirven de rodillas en su palacio, aquí se le invita con dulce sonrisa.

Y he aquí cómo supo el labrador que su huésped era el gran califa, siendo para este aquel día el segundo de su felicidad.

Mansou el barquero hizo una pausa, y Alhakem sacó de su bolso diez y seis monedas de oro; pero entonces, en vez de arrojarlas como una limosna, ordenó á su teniente que se las entregase con política. En seguida escribió: levantar tiendas en los caminos reales, para que sirvan de abrigo á los viajeros sorprendidos por las tormentas.

(Se concluirá.)

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

(Continuacion).

Silvania se había acercado; la cándida joven se irritaba con la idea de una sospecha sobre la persona que había escitado en ella tan vivas simpatías, y dijo con presteza:

—¡Oh! ese mundo de que habláis desprecia á los pobres, y andaría mas cuerdo en guardar su desprecio para otras cosas.

—Sin embargo, repuso Desronest con cierto despecho, hay personas que con razon podrían extrañarse de que la hija del conde de Plenoel venga á casa de una desconocida, de una artista...

—Precisamente vengo á su casa porque es artista, porque tiene talento, y porque la necesito, Mr. Desronest, respondió Silvania con dignidad, y tambien porque es desconocida, pues por esto mismo la hago falta.

—¡Talento! ¡talento! no digo que no, murmuró Desronest, también yo se lo reconozco, y puedo y quiero protegerla; pero ¡vos venir á casa de una jóven que vive sola, que recibe jóvenes!...

—¡Como vos! dijo Silvania riendo, pues las malas intenciones del banquero la hacían ser inexorable con sus pretensiones de jóven. Pero esa sonrisa burlona involuntaria desapareció luego de los labios de la jóven cuando Desronest continuó:

—Como Mr. Emilio... que ha dejado aquí una de sus obras, y á quien acabo de encontrar en persona en la escalera al venir aquí; parece que es visita diaria.

—Jamás me ha dicho nada de esto, dijo Silvania palideciendo.

—Ya lo veo, respondió Desronest, pero como vino á París un mes antes que vos, podía pasar aquí todas las horas del día sin tener necesidad de decíroslo.

En este momento el conde se adelantó algunos pasos para acercarse á Desronest, á fin de que este no viese enteramente á su hija, porque había descubierto que sus ojos estaban tan llenos de lágrimas como pálidas sus mejillas. Tanto se le había oprimido el corazón con esta circunstancia, que había querido evitar que la atención del banquero se fijara en ella; pero al pasar delante de Silvania, esta le dijo al oído:

—Padre mío, sin duda este era el secreto que agitaba el corazón de Emilio, y que quiso ocultarnos.

Y luego se apartó un poco, se limpió en secreto una lágrima, é hizo un gran esfuerzo sobre sí misma para que el llanto que dominaba no desgarrase su corazón con su terrible peso.

El conde continuó hablando en voz baja á Mr. Desronest, cuando volvió Cecilia con unas carteras de dibujos que puso á los pies de Silvania, risueña y con el corazón revesando alegría... un atractivo lleno de encanto la llevaba confiada y placentera al lado de su protectora, porque el tono con que la señorita de Plenoel la había hablado, la decía que encontraría en ella una amiga, y que todas aquellas delicadezas, todas aquellas exaltaciones y melancolías que ahogaba en sí hacia largo tiempo, podrían ser depositadas y comprendidas, gracias á una expansión franca y amistosa. En los encantadores ojos de Silvania había leído el porvenir de la felicidad de su alma, mas aun que la del buen éxito que debía esperar de su talento.

—Aquí está todo lo mejor que tengo, la dijo, yo os llevaré á casa lo que elijais, á fin de que podamos comenzar las lecciones al instante desde mañana.

Silvania no respondía, Cecilia alzó los ojos para mirarla y exclamó:

—¡Dios mío! ¡os poneis mala!

Y al decir esto quiso ayudarla á llegar á un sillón; pero Silvania repelió friamente su mano sin contestar, y se alejó algunos pasos.

Hubo un momento de silencio.

—¡Oh! estais mala sin duda alguna, dijo Cecilia ¿queréis alguna cosa? tal vez el olor de la pintura... ó bien estas flores...

A cada una de sus frases había mirado á Silvania, que no respondía, pero que dijo en fin con una frialdad glacial:

—No, no me incomodan ni las flores ni la pintura. Mil gracias, señorita, servidora vuestra.

Y se dirigió hácia la puerta añadiendo:

—Vamonos, padre mío.

La sorpresa de la jóven artista era tan grande y su dolor tan vivo, que no tuvo acción mas que para tartamudear estas palabras:

—¿Y las lecciones?

—¿Las lecciones? contestó Silvania en el mismo tono y sin mirarla. Es verdad, habíamos hablado de lecciones... pero no estoy decidida aun, y creo que no podrá ser por ahora... en fin, no conteis con ello, porque creo que no podré tomarlas.

Cecilia se había puesto blanca como un papel; su alegría, sus colores, todo se había desvanecido con las frias palabras y el tono de Silvania, y se decía á sí misma:

—¿Qué ha sucedido, pues? ¿Por qué esa mudanza?

Un sudor helado humedecía su frente, y su corazón estaba tan oprimido que no tenía fuerzas ni para hablar ni para quejarse.

La señorita de Plenoel padecía interiormente; así, llevándose aparte á Mr. Desronest, le dijo en voz baja:

—Vuestras palabras me han persuadido, ya veis que me someto desde luego á vuestro juicio; pero esta es una razón mas para que tomeis el cuadro que habeis elegido... yo tomo el mío, y le pagaré mucho mas caro de lo que había calculado. Imitadme; he obedecido á vuestros consejos, con que podeis seguir los míos.

Desronest se hallaba demasiado contento con su triunfo, demasiado satisfecho con lo que prometía á sus esperanzas la confianza cariñosa de Silvania, para no ceder; además, el dinero era poca cosa para él cuando le servía para satisfacer sus pasiones. Así abrió su cartera, y dijo á la señorita de Plenoel que metiera en ella su mano generosa; después la hermosa Silvania, pálida en aquel momento y casi tan helada como una estatua de mármol, se acercó al cuadro, le puso sobre el caballete, y dijo:

—Este es vuestro cuadro, Mr. Desronest, y este otro es para mí.

El que la jóven eligió era un lienzo pequeño parecido al que había comprado la vispera. Cecilia la miraba sin proferir la menor expresión, apoyada en una consola; las piernas le temblaban, tanto, que si la jóven hubiera querido dar un paso, se habría caído al suelo.

Sin poderse explicar lo que acababa de pasar ante sus ojos, apenas vió á Silvania que se aproximaba á la mesa donde había un papel y tintero, la vió poner en medio de una cuartilla de papel blanco la cantidad que había tomado de la cartera de Desronest, añadiendo los billetes que sacó después de su propio bolsillo. Los labios de Silvania se movían como si estuviera hablando, pero hubiera sido menester estar en su pensamiento para comprender lo que decía.

—Si, mas todavía... é iba sacando todo cuanto tenía... todo lo debe poseer la mujer que él ama... ¿por ventura yo necesito ya de nada?... El... no tiene nada... ambos podrían ser infelices en la pobreza... ¡Oh! no, lo que tengo será para ellos.

Luego cogió su cuadrito y salió sin una palabra, sin un movimiento, sin una mirada para Cecilia; un muro de bronce se había levantado entre los dos corazones de aquellas jóvenes, dignas de comprenderse y amarse; pero cada una, sea por sorpresa ó por dolor, no sentía entonces mas que pena, ninguna era capaz de aborrecer á la otra.

El conde siguió á su hija, y los tres bajaron sin hablarse. Cuando llegaron al boulevard, Silvania respiró como una persona cuyo pecho se ve libre de un terrible peso que le oprime y sofoca, y su padre saludó á Mr. Desronest.

Cuando Mr. de Plenoel se quedó solo con su hija, le ofreció su brazo, cuyo apoyo necesitaba, y mirándola atentamente la dijo:

—Ya que estamos aquí, ¿quieres hacer algunas compras?

Silvania le miró con un aire tan sorprendido, que el conde no terminó su frase. Veía que el pensamiento de su hija estaba á cien leguas de las tiendas en aquel instante, de modo que habría podido omitir.

—¿Acaso necesito yo nada? ¿Qué me importan los adornos en adelante? Lo que tengo me sobra. Gracias á vuestra constante bondad, tengo mas de lo que necesito; y además, añadió queriendo sonreír, no puedo comprar nada, pues he gastado ya todo el dinero.

A pesar de su sonrisa y de todos sus esfuerzos, había tal pesar y tal sentimiento en la expresión de su rostro, y sobre todo en la entonación de su voz, que el corazón de su padre se afigió profundamente.

Mr. de Plenoel estrechó contra su corazón el brazo trémulo de su querida hija, y los dos, pensativos y silenciosos, se dirigieron lentamente á su casa.

También Cecilia había quedado tristemente afectada, pero á pesar de que la pobre niña sentía á la par del dolor físico el dolor moral, su padecimiento era menor que el que desgarraba el alma de Silvania. Solo el tormento del amor y los celos pueden dar al alma un golpe tan sensible que la destroce y la abraza al mismo tiempo.

Sin embargo, había algo de muy cruel en el pensamiento de la jóven artista. Cuando se que-

dó sola cayó como muerta sobre una silla, y poco tiempo después rompió en un amargo llanto. Su fuerza física estaba lejos de abandonar su fuerza moral, pues había padecido y trabajado desde demasido jóven. A esa edad en que apenas se sale de la infancia, y en que el cuerpo completa su desarrollo, si el alma se halla atormentada, y si el cansancio es superior á las fuerzas, es imposible llegar al estado este, que solo se consigue con la tranquilidad.

Una de las desgracias de las grandes poblaciones, y sobre todo, una de las calamidades de la actual época, es el adelanto de las facultades, de las ideas y de las pasiones, dando así á la infancia una parte demasiado pesada de la existencia, para que pueda sobrellevarla sin gastar con sus esfuerzos el germen de una vida larga y fuerte. Todo se resiente de esto; el cuerpo se debilita, la inteligencia decae, el valor disminuye, y desaparecen la calma y la tranquilidad. Una especie de excitación nerviosa é improductiva conmueve el espíritu; se conoce que se podía tener una fuerza que se escapa, talentos que fracasan; entonces llega la irritación, la tristeza; la poca fuerza que queda, impotente ya para crear, se gasta en la crítica de lo que hacen los demás, y al fin el alma se aniquila abrumada de sentimientos infinitos, y esa vaga y cansada melancolía tan comun en nuestros tiempos, que no es otra cosa sino el sentimiento de un destino útil, hermoso y bueno, debilitado y perdido en su origen. Los unos dejaron de llegar á este destino, porque la fortuna les permitió desde la infancia abusar de todo; los otros porque la pobreza les condenó desde la edad temprana á emprender un trabajo que no les dejó gozar de nada.

Cecilia pertenecía á la última clase: su vida se había gastado en esfuerzos para adquirir aquel talento, su único consuelo, su única esperanza, y cuando se hallaba luchando con las dificultades y las alternativas de esperanzas y de desencantos, á ese cansancio del cuerpo, acrecentado por el desaliento del alma, no le bastaban ya las escasas fuerzas que le quedaban.

Unas pocas palabras inspiradas por un egoísmo demasiado comun en el mundo, acababan de afligir á la pobre niña, á quien la simpatía de un buen corazón había reanimado un instante... ¡Cuántas veces sucede que por quererse uno evitar un disgusto, causa á los demás una verdadera aflicción! ¡Cuántas veces por ligereza y por una imprudente satisfacción personal, causamos á los demás las desgracias mas irreparables!...

En tanto que la jóven artista tenía que meterse en la cama con calentura, postrada con el cansancio y las emociones del día, Silvania se había vuelto á su casa con el sentimiento profundo y desgarrador que ocasiona la pérdida de lo que se ama; pero aunque no estaba acostumbrada á padecer, y aun cuando sentía por primera vez las impresiones del dolor, se hallaba tranquila y valiente. Educada por su padre en esa fuerte escuela del deber y de la conformidad, estaba determinada á padecer en silencio y á ocultar sus padecimientos á su padre. No sabía que para la ternura paternal no hay nada por mucho tiempo oculto.

Cuando Mr. de Plenoel participó á Silvania la petición de Mr. Desronest y de sus proyectos de casar con ella á su hijo Gustavo, Silvania contestó con su sonrisa maliciosa.

—No me decis nada de nuevo, padre mío, hace mucho tiempo que conocía las intenciones del vecino, y me lisonjea su elección; un hombre que quiere tanto el dinero, haber pensado en mí, que no lo tengo... es asombroso... siempre le estaré agradecida.

—¿Con que aceptas, dijo el conde sorprendido.

—Es la única cosa que no haré, querido padre, y si lo habeis pensado, habeis hecho un agravio á vuestra hija...

—El amor no va siempre guiado por la razón, repuso el conde riendo.

—El amor, dijo Silvania, va siempre de acuerdo con el corazón, donde halla las cualidades, la elevación y la ternura de que también se siente capaz. Mr. Gustavo es un excelente hombre, pero... pero... yo no tengo ningún deseo de ser rica.

—Está muy bien, dijo el conde, ¿pero quer-

rás decirme, hija mia, dónde está ese bello ideal de tu corazón? tal vez le conozco ya, pero en fin, dimelo.

Todo esto lo dijo riendo, porque desde que Mr. de Plenoel supo que Gustavo no era correspondido, parecía haber vuelto á su antigua alegría. ¡Oh! no era este un padre de estos tiempos, que habia calculado la fortuna del millonario, viendo en la opulencia de su hija el negocio mas interesante del mundo, en aquel noble corazón habia algo mas que el dinero, y aunque sabia gastarlo generosamente, no era de los que lo sacrificaban todo por adquirirlo.

Silvania se hallaba muy satisfecha al ver que su padre hacia tan poco caso como ella de la fortuna, porque despues que se habian traslucido los proyectos de Desronest, el conde habia conocido las ventajas que la riqueza podia procurar á su hija, y temia, al vencer sus repugnancias, que mas adelante el sacrificio de aquella fortuna que se le presentaba viniese acompañado de algun pesar. Al ver cada uno por su parte que se hallaban de acuerdo en renunciar á la riqueza, se hallaban satisfechos reciprocamente, porque comprendian que quedarían acordes luego sobre otros puntos.

Con todo, la jóven se inmutó, queriendo comenzar sus confidencias, y para ocultar su turbacion, dijo sonriendo:

—Seguramente que no querreis, padre mio, que sea yo quien vaya á buscar un novio, y quien os lo presente, en caso de que haya uno, sino que tendreis que adivinarle vos mismo, y yo no quiero en este momento mas que daros gracias, porque lo mismo que yo, renunciáis con gusto á la fortuna.

Animada en estas disposiciones habia ido á casa de Cecilia, donde se habian desvanecido todas sus esperanzas al saber que si ella poseia la amistad de Emilio, su corazón pertenecía á otra.

De vuelta á su casa, Silvania se consagró á sus ocupaciones ordinarias, el esfuerzo habia sido cruel, y su padre no le habló de nada. La señorita de Beville se puso muy contenta al saber que su protegida habia vendido tres cuadros, y no dijo una palabra sobre las lecciones diferidas; en cuanto á Emilio, no se le vió sino rara vez, y así trascurrieron algunos dias sin que nada cambiase en apariencia la existencia de Silvania, aunque en realidad toda su felicidad se habia desvanecido.

Cecilia se vió obligada á guardar cama algunos dias; una fiebre violenta le quitó durante cuarenta y ocho horas el sentimiento de todas sus penas, pero en cuanto volvió en sí, una idea fija se clavó en su espíritu. ¿Por qué Silvania, despues de haberla buscado con afán, despues de haberla dicho con tono cariñoso que principiaria sus lecciones al otro dia, se habia retirado despues con una frialdad glacial, y habia renunciado á su primer proyecto? ¿Y por qué si estaba incomodada contra ella, la habia dejado sobre la mesa tanto dinero? Enterada por la señorita de Beville en los pormenores de la situacion de la casa del conde de Plenoel, Cecilia veia que Silvania le consagraba todo de cuanto podia disponer para sus gastos de alfileres.

Con esta idea fija en la cabeza, la jóven se propuso á todo trance aclarar aquel misterio, para que en todo caso se manifestase tan noble y desinteresada como su protectora.

Emilio se habia presentado en casa de Cecilia, pero Francisca no habia querido que entrase, pues el médico habia dispuesto que nadie absolutamente la viera, temiendo una enfermedad de peligro. La pobre jóven no habia podido enterarse de aquello que tanto deseaba saber. Por lo demas, no sabia aun que hubiese algunas relaciones entre Silvania y Emilio. Desronest no habia vuelto tampoco, y su ausencia, tanto allí como en casa del conde, habia sido ocasionada por un viaje repentino á Burdeos. Aunque repitiese á menudo que se hallaba separado ya de los negocios, el banquero no desperdiciaba la ocasion de ganar alguna cantidad

considerable, siempre que aquella se ofrecia sin tener que aventurar algun dinero, lo que sucede á los que lo tienen. Su ausencia debia durar unos cuantos dias.

En cuanto Cecilia se vió bastante restableci-



Mr. de Plenoel.

da para salir, quiso poner en planta el proyecto que absorbía toda su imaginacion, y se dirigió al instante á casa del conde.

Silvania estaba en la sala, siempre triste y desconsolada en el fondo de su corazón, y siempre tranquila y risueña cuando su padre la miraba, temia tanto afligirle! Pero para no verse precisada á hablar, acostumbraba á leer en voz alta. Aquel dia tenia un libro de historia en las manos, donde acababa de leer una de esas grandes catástrofes que tan costosas son á un país, aun cuando saque de ellas algunas ventajas, y el espíritu de la jóven, absorto en los acontecimientos públicos, olvidaba lo que la tocaba particularmente. Este es uno de los grandes provechos de la lectura.

Silvania sintió ruido en la antesala, y algo incomodada exclamó:

—¿Alguien viene! Los importunos son intolerables cuando se padece.

El conde se puso á escuchar, y dijo:

—Es Mr. Desronest.

Silvania se levantó para irse.

—Viene á saber la respuesta de la peticion que ha hecho de tu mano para su hijo, dijo el conde. Y añadió sonriendo:

—¿Estás decidida contra Gustavo?

—¿Acaso el corazón puede cambiar? contestó Silvania con una sonrisa tan triste que su padre vió que se hallaba inconsolable.

Era en efecto Mr. Desronest, que llegaba de Burdeos con tanta mas confianza, cuanto que acababa de hacer un negocio magnífico, mucho mejor de lo que él se habia prometido. Por eso entró en la sala, llenándolo todo con su abultada persona. Sin embargo, la puerta no se cerró detrás de él, y la señorita de Beville se presentó sin ruido acompañando á la jóven artista Cecilia. Como nadie sintió sus pasos, sorprendieron á Silvania, deteniéndola en el momento en que se retiraba á su cuarto.

Silvania se quedó en la sala.

Desronest se sorprendió, y el conde atendió á lo que pudiese pasar.

La pobre Cecilia, débil y trémula, permaneció un instante sin poder hablar; pero al fin se animó y dijo:

—Mas pronto hubiera venido si no hubiera estado enferma.

Y como vió á Silvania hacer un gesto, continuó:

—No temais mi visita, señorita, era necesaria y será la última. Si me consideraba muy feliz con la esperanza de veros todos los dias cuando hablábais de lecciones, y si he visto con el mayor dolor que os hicieron mudar de idea en algunos minutos, ya me hallo resignada á todo. ¡Oh! yo estoy acostumbrada á la desgracia, y sé resignarme á ella, pero no á las humillaciones ni á los desprecios.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

Volvia desde Salamanca un estudiante de concluir curso para su tierra. No llevaba muchos cuartos, y así en todas las posadas ajustaba su bolsa con la huésped, para que no se le acabase antes de concluir su viaje. Era suma la economía de que usaba. Sucedió que llegando á hacer noche á una posada, donde la huésped era muger de lindo entendimiento, lindo modo y mucho agrado, le preguntó ¿qué queria cenar? Respondió que un par de huevos.

—¿No mas, señor licenciado? dijo la huésped, á lo que el estudiante respondió:

—Bastan, señora, que yo ceno poco.

Trajéronle los huevos, y al tiempo de cenarlos le propuso la huésped unas truchas muy buenas que tenia, por si las queria. Negóse el estudiante al envite.

—Mire, señor licenciado, le dijo la huésped, que son muy ricas, porque tienen las cuatro *efes*.

—¿Cómo las cuatro *efes*? replicó el estudiante.

—¿Pues no sabe, señor licenciado, repuso la huésped, que las truchas para ser regaladas, han de tener cuatro *efes*?

—Nunca tal he oido, dijo el estudiante, y quisiera saber qué cuatro *efes* son esas, ó qué significa ese enigma.

—Yo se lo diré, señor, respondió la huésped. Quiere decir, que las truchas mas sabrosas son las que tienen las cuatro circunstancias de *frescas, fritas, finas, fragosas*. A lo que el estudiante dijo:

—Ya caigo en ello, pero, señora, si las truchas no tienen otra *efe* mas, para mí no sirven.

—¿Qué otra *efe* mas es esa? preguntó la huésped.

—Señora, que sean *fiadas*, porque en mi bolsa no hay con que pagarlas por ahora.

Agradó tanto la agudeza á la huésped, que no solo le presentó las truchas graciosamente, mas le previno la alforja para lo que le restaba de camino.

P. ¿Qué diferencia existe entre Salomon y Rothschild?

R. En que Salomon era el rey de los judios, y Rothschild es el judío de los reyes.

P. ¿Quién pasa el rio en medio del dia, con sol y sin hacer sombra?

R. El sonido de una campana.

P. ¿Quién es el que llevaria muy bien cien arrobas de corcho, y no podria llevar una libra de plomo?

R. El rio.

P. Si le dieran á uno para desayunarse un huevo, y le dijieran que eligiese. ¿Cómo podria elegir no habiendo mas que uno?

R. Podria tomarlo ó dejarlo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.